

“Recibid el Espíritu Santo”

Jn 20,22

¿Quién es el Espíritu Santo donado por el Resucitado en aquel atardecer de un primer día de la semana, allá en la casa de Jerusalén denominada Cenáculo? ¿quién es este Espíritu Divino que los cristianos con tanto gozo celebramos en la fiesta de Pentecostés? ¿en qué ambiente existencial se puede discernir su acción?

Ante todo, el Espíritu Santo es una *persona*, una de las tres del Dios unitrino que, verbigracia, profesamos al proclamar el Símbolo de los Apóstoles: “Creo en el Espíritu Santo...”. Su modo de ser personal que le es inconfundible nos lo ha revelado Jesús, desde su encarnación hasta su resurrección. En efecto, gracias al Galileo sabemos que por sí mismo no se ha humanizado, para ello, en obediencia al Padre, se ha abandonado al Espíritu que lo hace hombre con el *sí* de María (Lc 1,26-38); y él por sí mismo no se ha resucitado, para ello, intervino el Espíritu de Aquel que lo resucitó (Rm 8,11), cuya dignidad es tan alta que la designación de persona le conviene máximamente. Y este es el Espíritu que, simbolizado en la Escritura también como viento (Jn 3,8), agua (Jn 4,14) y fuego (Mt 3,11) viene otorgado por el Padre y el Jesús postpascual a su comunidad eclesial: “Como el Padre me envió, también yo os envío. Dicho esto, sopló sobre ellos

y les dijo: Recibid el Espíritu Santo”¹. A partir de entonces, los apóstoles, todavía escondidos “por miedo a los judíos”², comenzaron a predicar con vigor y libertad a los partos, medos y elamitas, a los habitantes de Mesopotamia, Judea, Capadocia, el Ponto, Asia, Frigia, Panfilia, Egipto y Libia, a los extranjeros romanos, griegos y árabes, a los mismos hebreos y prosélitos en general³.

Segundo, el Espíritu Santo es la *exuberancia* del amor divino que es absoluto. Él es el Amor sublime, lo máximo posible de concebir en el ámbito afectivo, él es pues la plenitud del amor propia del Ser absoluto⁴, donde el amor entre el Padre y el Hijo es tan profuso que de él procede justamente *como* exuberancia, la tercera persona de la divina Trinidad que es de nuevo Una. El Padre, según el Concilio IV de Letrán, engendrando *ab aeterno* al Hijo, donó todo sí mismo, su substancia divina, pero sin dejar de ser sí mismo, la substancia Padre. Y en el donarse todo sí mismo, todo Dios, está incluido el don de hacer proceder el Espíritu Santo⁵. Ellos, contemplándose recíprocamente viven siempre en estado de gratitud ilimitada. De hecho, el Padre admira del Hijo su dejarse engendrar eternamente y su voluntad de llevar a cabo sus deseos; el Hijo admira del Padre su donarse absoluto y perpetuamente y su aptitud paterna de consentirle realizar todos sus deseos.

¹ Jn 20,21b-22: καθὼς ἀπέσταλκέν με ὁ πατήρ, κἀγὼ πέμπω ὑμᾶς. καὶ τοῦτο εἰπὼν ἐνεφύσησεν καὶ λέγει αὐτοῖς· λάβετε πνεῦμα ἅγιον·

² Jn 20,19: διὰ τὸν φόβον τῶν Ἰουδαίων.

³ Cf. Hch 2,9-11; R. CANTALAMESSA, *La Parola e la Vita. Riflessioni sulla Parola di Dio delle Domeniche e delle Feste dell'Anno. Anno A*, Roma 1977, pp. 123-124; H. U. VON BALTHASAR, *Theologik. Der Geist der Wahrheit*, vol. 3, Einsiedeln 1985, pp. 41. 122-123 (n.13); R. SCHNACKENBURG, *Das Johannesevangelium*, vol. 3, Freiburg – Basel – Wien 1975, pp. 385-387.

⁴ Cf. H. U. VON BALTHASAR, *Der Geist der Wahrheit*, vol. 3, *op. cit.*, p. 146.

⁵ Cf. H. DENZINGER – P. HÜNERMANN, *El Magisterio de la Iglesia*, Barcelona 2000, n.º. 805, p. 358.

Por ello, el Espíritu divino es la misma exuberancia del amor, lo liberado perfectamente en y por la reciprocidad del amor Paterno-Filial, lo intangible por excelencia, en síntesis, la cima admirable del Amor, *Quien* todo lo sondea comprendiendo particularmente las profundidades mismas de Dios (1Co 2,10)⁶.

Por supuesto, el Espíritu Santo es *don* por antonomasia, el *donum* substanciado y único Espíritu divino, el Tercero⁷ más allá de la recíproca donación Paterno-Filial, que en cuanto don por antonomasia quedaría limitado en su individualidad si fuera entendido exclusivamente bajo la perspectiva histórico-salvífica; queda, en cambio, ilimitado, insuperable y siempre más, si el don por antonomasia es ya comprendido intratrinitariamente. Allá, en Dios uno y trino, el Tercero es el don esencial, el amor sublime que es a la vez semejante en las tres personas divinas y siempre diverso, personal y excepcional. “Así el ‘ápice más extremo’ de la esencia divina es idéntico a su ‘centro más íntimo’, y si el Espíritu se confiere a la criatura como don, en dicho don está toda la esencia de la divinidad, y en consecuencia la ‘divinización’ de la criatura”⁸. Este don por excelencia,

⁶ Cf. S. AUGUSTINI, *De Trinitate*, PL 42, lib. XV, cap. 27, n. 50; H. U. VON BALTHASAR, *Der Geist der Wahrheit*, vol. 3, *op. cit.*, pp.145-146; K. BARTH, *Die Kirchliche Dogmatik. Die Lehre vom Wort Gottes*, vol. 1/1, Zürich 1964, p. 493; J. COMBLIN, *El Espíritu Santo y la liberación*, Madrid 1987, pp. 226-228.

⁷ Cf. TERTULLIANI Q. S. F., *Adversus Praxeam*, t. II, cap. 8, pp. 163-164: “Tertius enim est spiritus a Deo et Filio, sicut tertius a radice frustus ex frutice”.

⁸ H. U. VON BALTHASAR, *Der Geist der Wahrheit*, vol. 3, *op. cit.*, p. 148: “So ist die gleichsam ‘äußerste Spitze’ des göttlichen Wesens identisch mit der ‘innersten Mitte’, und wenn der Geist als Gabe der Kreatur geschenkt werden wird, liegt in dieser Gabe das ganze Wesen der Gottheit, somit die ‘Vergöttlichung’ des Geschöpfes”. Cf. *Ibidem*, pp. 146-150; K. Barth, *Die Lehre vom Wort Gottes*, vol. 1/1, *op. cit.*, p. 494. J. COMBLIN, *El Espíritu Santo y la liberación*, *op. cit.*, 228-229.

que Simón pretendió comprar (Hch 8,18-20), ¿no es quizás el mismo “don de Dios” (Jn 4,10) que Jesús declara a la Samaritana?⁹.

Cuarto, el Espíritu Santo es *vida* y sin él la Iglesia no existiría, esta vive gracias a la vida que el Espíritu Divino le infunde. Su acción en ella, en la historia de la humanidad y en la creación entera hay que discernirla a través de los pobres, los débiles, plebeyos y despreciados del mundo, porque ellos han sido elegidos por Dios para revelar el poder del Espíritu (1 Cor 1,26-2,16). “¿Acaso no ha escogido Dios a los pobres según el mundo como ricos en la fe y herederos del Reino que prometió a los que le aman?”¹⁰. Así pues, en el clamor de los pobres que invocan justicia y liberación hay que discernir la acción del Espíritu Santo, pues en última instancia lo que ellos invocan es la vida perdida por la opresión en que se hallan; y para discernir cabalmente su acción hay que recordar la experiencia del pueblo hebreo en Egipto, donde fue esclavizado por un sistema institucionalizado de violencia y de pecado, ante el cual los hebreos reaccionaron y con la ayuda de Dios alcanzaron su propia liberación; y hay que revivir el mensaje y testimonio liberador de Jesús centrado en el amor, pero en ese amor extremo que cobija también al enemigo (Lc 6,27-36). Así, se es amigo de la vida, de toda vida, por ende, se es amigo del Espíritu Divino¹¹.

Roma, 30 de mayo de 2020
Ariolfo Padilla Neira
ariolfopn@gmail.com

⁹ Cf. *Ibid.*, p. 228.

¹⁰ St. 2,5: οὐχ ὁ θεὸς ἐξελέξατο τοὺς πτωχοὺς τῷ κόσμῳ πλουσίους ἐν πίστει καὶ κληρονόμους τῆς βασιλείας ἧς ἐπηγγείλατο τοῖς ἀγαπῶσιν αὐτόν;

¹¹ Cf. J. COMBLIN, *El Espíritu Santo y la liberación*, *op. cit.*, pp. 74-80.229-230; G. GUTIÉRREZ, *El Dios de la vida*, Salamanca 1992, pp. 31-58; ID., *La fuerza histórica de los pobres*, Salamanca 1982, pp. 29-30.70-72.267-270.